

R. 29483

# DISCURSO INAUGURAL

QUE

EN LA SOLEMNE APERTURA DE ESTUDIOS

DE ESTA

UNIVERSIDAD LITERARIA DE OVIEDO,

PRONUNCIÓ

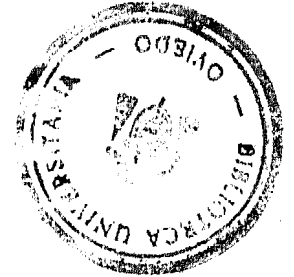
el 1.º de Octubre de 1846

DON JUAN DOMINGO ARAMBURU Y ARREGUI,

Doctor en Jurisprudencia, i Catedrático

Propietario de elementos de derecho

español en la misma.



OVIEDO.



Imp. de D. F. Pedregal.

1846.

OVIEDO

1846

---

*Mutos enim nasci et egere omni ratione satius fuisset,  
quam providentis munera in mutuam perniciem con-  
vertere.*

*Neminem malum esse, nisi stultum eundem, semper  
creditum est. Quint. lib. 12 Inst. Orat.*

---

*Señores:*

**E**straño tal vez parecerá, que yo el menos digno de la corporacion, sea quien os dirija la palabra en dia tan solemne, como es el consagrado á la apertura de un curso literario, cuando tantos varones

ilustrados la honran con sus luces y eminentes talentos. Émulo sin embargo de su gloria, no pude menos de prestar obediencia á un superior mandato, cuya poderosa influencia, al paso que me escusa, pudo sola vencer mi repugnancia á hablar en público, atendida mi cortedad de ingenio y escasa aplicacion á estudios necesarios para el buen desempeño de una mision tan árdua. ¿Mas qué podré deciros que no oyeseis, ó que no hayais leído en alguna de las muchas y eruditas oraciones inaugurales, que han visto la luz pública en años anteriores? Agotados en ellas los medios y recursos de la ciencia, recogidas las flores y adornos del arte de decir, presentaros objeto que halagase vuestra curiosidad por nuevo, ó llamase vuestra atencion por provechoso; he aquí

el primer conflicto en que me hallaba, despues de decidido á emprender mi difícil tarea. Uno por fin se ha ofrecido á mi mente, recordado, es verdad, por diestros oradores, pero siempre como por incidencia, motivo por el cual yo me propongo, sea el tema principal de mi discurso. Es la hombría de bien, ó sana moral, como circunstancia indispensable á todo hombre de letras, para que pueda merecer con justicia el dictado de sabio.

En tiempos no remotos de corrupcion y desenfreno, debido á circunstancias azarosas, que por fortuna van cesando, pero que dejan siempre infiltrado resto de su ponzoña, tuve por oportuno y no desagradable á este noble auditorio, elegir un asunto, aunque trivial, de conveniencia



pública, en extremo importante, y digno de inculcarse sin tregua en el ánimo de cuantos se dedican á las ciencias.

Vosotros, jóvenes, esperanza de la Patria y del Estado, que debeis algun dia ilustrarle con vuestras luces, ó dirigirle con vuestros consejos, ó defenderle de peligrosos errores, procurad sobre todo la pureza de las costumbres, íntimamente penetrados de que el principio de la sabiduría es el temor del Señor. Asi cerraba su oracion un elocuente sabio colocado en este mismo sitio. (\*) Sin la brillante luz, que él nos inspira, la verdad se obscurece con los densos vapores que elevan las pasiones á la region de nuestro entendimiento. Mejor nos seria, dice Quintiliano, nacer mudos, y es-

(\*) El R. P. M. Fr. Manuel de Caso en 1825.

tar privados de razon, que emplear en recíproca ruina los dones de la Providencia, pues siempre se ha creido, que ningun hombre malo deja de ser un necio. Y en efecto, señores, ¿cómo podrá instruirse el que es vicioso, ó cómo el que lo sea, podrá llamarse sabio aunque instruido?

El alma que se ocupa en cosa de tanta consideracion, como es el estudio de las ciencias, debe de hallarse libre de todos los cuidados que trae consigo el vicio. La gula, la embriaguez, la liviandad, la cólera, la envidia, ¿cuánto no perturbán el ánimo, siempre agitado con multitud de ideas, trastornado con variedad de afectos y atormentado cuando con el temor, cuando con la esperanza, el arrepentimiento y el castigo? Hasta las distracciones inocentes, convirti-



das en un abuso, la caza, el juego, los espectáculos, ¿cuánto tiempo nos roban? cuántos desazones nos causan, tanto en vigilia como en sueños? Y entre tales zozobras, ¿que mansion hallarán las letras y las ciencias? Sin duda la misma, que la mies entre zarzas y abrojos.

La probidad y la ilustracion se honran mutuamente, y tienden siempre á unirse por una afinidad, que les es natural. Este enlace dichoso perfecciona todas las ciencias, porque aunque nadie duda, que los progresos en todos los ramos del saber, arguyen y exigen talento, aplicacion y genio, son tambien necesarias para su práctica la rectitud de corazon y la pureza de alma, no menos que el buen caudal de exáctos y variados conocimientos. El uso precioso de las cien-

cias debe solo confiarse al que es hombre de bien, pues de otra suerte su pureza se pierde, al tener que pasar por canales inmundos, y el brillo y hermosura que las caracteriza llega á eclipsarse con negros nubarrones. Las ciencias cual el sol, aumentan su luz y claridad, cuando sus rayos caen sobre tersa blancura de cristalinas rocas. La parte moral del hombre forma lo mas importante de su ser; quien no tiene moralidad, no puede preciarse de perfeccion alguna, siendo las que demuestra, vanas, aparentes y engañosas. Las ciencias, que no estriban en las buenas costumbres, son perjudiciales, temibles y aun nocivas, como espada aguzada en las manos de un loco, ó el arcabuz mortífero en poder de un bandido. Sin las buenas costumbres, los talentos mas estraor-

dinarios son un medio de destruccion, que lejos de presentar al hombre como sabio, le ostentan como un monstruo, en quien las luces del entendimiento se contradicen con los impulsos y movimientos del corazon. La bondad de este, y la discrecion en aquel, constituyen el equilibrio natural y verdadera fuerza de nuestra alma. Nunca por consiguiente deberá reputarse como sabio, el que no forme en sí un cúmulo de virtudes y conocimientos.

Recorramos sino las principales ciencias, y veremos en quienes las profesen la demostracion de estas verdades. En la ciencia divina, ó sea sagrada teología, ¿que servirá tener el mas cabal conocimiento de los dos testamentos, noticias profundas de los Santos Padres y autores eclesiásticos,

erudicion estensa de la historia antigua y moderna de la Iglesia, si al poner en egercicio su doctrina, bien como catequista, bien como párroco, como consultor, confesor ó predicador, el teólogo carece de virtudes? Lejos de recoger ópimos frutos con su trabajo, sembrará de cizaña, llenará de malezas los corazones de sus oyentes, ó serán despreciadas sus tareas, tan pronto como sean noticiosos de sus vicios. Para que puedan ser Sacerdotes edificantes, Pastores celosos, Doctores sal de la tierra y luz del mundo, necesitan los teólogos estar adornados de todas las virtudes. De madura prudencia, que posando los medios, que se hallen á su alcance, les garantice del acierto en elegir los mas oportunos y eficaces; de una justicia, que les recuerde los divinos preceptos,



conformando con ellos sus acciones, como quien los tiene depositados en el fondo de su corazón; de una visible fortaleza, con que puedan contrarrestar las falsas doctrinas, las mordacidades de los malévolos y las lenguas de áspid de los blasfemos, mostrándose invencibles contra las embestidas de sus enemigos, cual robusto peñasco contra encrespadas olas de furiosa tormenta. ¿Y qué diré de la humildad y la templanza, de que han de ser modelo?... Solo así podrán hacer útil y venerando su destino, empleando su ciencia en enseñar, dirigir y edificar los fieles, que les sean confiados.

Pasemos á la ciencia canónica: supongamos en los que á ella se dedican los conocimientos comunes á los teólogos, y los mas propios suyos de las colecciones, que comprenden cuan-

to arregla la disciplina eclesiástica y las costumbres de los cristianos, acordado por los Apóstoles hasta los últimos Pontífices, con todos los concilios generales y particulares, concordatos y demas, que han sido celebrados. Todo este cúmulo de noticias de nada aprovechará sin un punto de apoyo en que todas estriban, á saber, el espíritu divino, con que su fundador siempre asiste á la Iglesia. Apártenles de él indómitas pasiones, y en vez de contribuir los canonistas á la conservación de sus instituciones, se convertirán en astros errantes, que girarán á merced de los vientos de vanidad mundana é intereses bastardos, caminando de error en error hasta sumirse en los abismos.

¿Y los que son llamados sacerdotes de la justicia, no tienen asimismo

que hallarse rodeados de virtudes, que les sirvan de guia y fuerte escudo en sus varias funciones, contra todos los vicios y extravíos? La desastrosa confusion de lo justo é injusto, derribando su esencia de ideas caprichosas, de pactos de los hombres, de la utilidad que en sus actos reportan, con otros sistemas bizarros como absurdos, ¿no son efecto de una traicion culpable, hecha á los íntimos sentimientos de nuestro corazon, á la razon universal, y á la recta conciencia de que Dios dota al hombre, que busca dócil los senderos de todas sus acciones? Consideremos al profesor de la jurisprudencia en el noble egercicio de la abogacía, y veremos, cuan necesaria le es juntamente con otras, la virtud de la fidelidad á toda prueba, que ni la codicia sea capaz de sobornarla, ni el favor de do-

blarla, ni el temor de disminuirla, para poder desempeñar con decoro la defensa de los derechos particulares torcidamente disputados por sus adversarios, amparar el partido de la verdad y la inocencia contra la maldad y la calumnia, impugnar el error y la mentira, y contener en sus delitos á los malos. El abogado en fin necesita, ser cauto en sus consejos, leal en sus defensas y muy recto en sus juicios. Y si la suerte le pusiese en sus manos la balanza de Astrea, ¿no será indispensable, se halle poseido de una integridad tan pura, como la misma ley que representa? Al egercer su autoridad, dando á cada uno lo que es suyo, socorriendo al pobre y desvalido, castigando al culpable, persiguiendo al malvado y reprimiendo al poderoso, manifestará con cuan-



to acierto cantó un poeta, que la justicia enlaza al rico con el necesitado:

*Jus fecit commune pares, et nomine eodem  
Nexuit, et dominos fraterna in vincula redegit.  
Prudent.*

y dijo el eclesiástico: (Cap. 7. v. 6.) no solicites que te hagan juez, sino tienes la virtud y fortaleza suficientes para esterminar la maldad. Con esta integridad, con este don de fortaleza podrá el jurisconsulto digna y honradamente dirigir los acuerdos de una corporacion, proponer sábias leyes, y refrenar tal vez un pueblo enardecido, como el varon insigne, que nos pintó Virgilio:

*Tum pietate gravem ac meritis, si forte virum quem  
Compe.xere, silent, arrectisque auribus adstant.  
Ille regit dictis animos et pectora mulcet.*

1. Eneid. 149, ó 155.

*En tal consternacion, si por fortuna,  
Un sugeto á su vista se presenta  
Por su piedad y méritos insigne,  
Todos al punto, al verle, el labio sellan,  
Y á todo cuanto dice muy atentos  
Prestan oido.  
El inclina á do quiere con palabras  
La voluntad de todos, y serena  
Los alterados pechos.*

Nótese aquí de paso, como el poeta une con la piedad y el mérito el don de la elocuencia. Altos sin duda son los cargos del jurisconsulto, pero por eso mismo á su vasta erudicion necesita reunir las virtudes mas eminentes. Sin ellas nada le serviria estar empapado en la filosofía, en la historia, en la legislacion y en cuanto abraza la ciencia de lo justo. El que no sienta en sí un animo esforzado é invencible á las promesas de los poderosos; el que fácilmente se enamora de la hermosura ó el oro, el que

se reconozca accesible á los ruegos é importunidades de parientes, domésticos ó amigos; no manche con sus plantas el templo consagrado á la justicia, no intente convertir en ramera á esta honrada matrona, cuya conducta es, vivir honestamente, respetar los derechos agenos y no dañar á nadie.

Asi pudiéramos discurrir en cuantas ciencias se conocen, sean las que aumentan las fuerzas físicas, mejoran la agricultura, dan impulso al comercio, fomentan la industria y hacen florecer todas las artes: sean las que desenvuelven las facultades intelectuales, enseñan los deberes del hombre, le inclinan á cumplirlos, haciendo ver el bien para abrazarle y el mal para evitarle; una vez todas ellas no tienden á otra cosa, que á perfec-

cionar en lo posible nuestra naturaleza, y labrar la prosperidad, tanto pública como privada. ¿Y cómo conseguir tan santos fines, si quienes las cultivan, adolecen de vicios, que las mismas detestan? Si prevertidos y orgullosos trastornan los principios mas ciertos, desconocen las verdades mas puras; en lugar de formar buenos padres, buenos hijos, buenos esposos, buenos amigos, buenos ciudadanos; producirán con sus errores y falaces doctrinas, malvados presuntuosos, que hollando sin rubor las leyes naturales y civiles, corrompan y estravíen los pueblos, turben la paz y el orden de las sociedades, y á fuerza de dislates atraigan sobre sí la maldicion del Cielo y de los hombres. Su saber ya no es ciencia, solo merece el nombre de delirio, de una instruccion vicia-

da y corrompida, entre todos contagio el mas funesto: *Corruptio optimi pexima.*

Sin frugalidad y parsimonia, sin lealtad y buena fé, sin probidad personal y amor al público, sin costumbres en fin, no hay solidez de gloria, ni poder verdadero: todo se viene á tierra, todo desaparece y se disipa como el humo. El nombre de Pericles, en sentir de Platon, debe ser despreciable; porque de nada sirve, que levantase templos, construyese edificios, y que erigiese estatuas, reuniendo lo mejor y mas selecto de escultura y pintura, no habiendo sabido formar siquiera un ateniense hombre de bien. Cresos, á pesar de ser su reino emporio de riquezas, y su córte la mansion de los sábios, hubiera perecido en una hoguera, víctima de su

orgullo, si no mentase á tiempo el nombre de Solon, simbolo de virtud en aquel caso. Las glorias y esplendor de Babilonia se eclipsaron con los inmundos vicios de su Rey Baltasar, que hicieron fuese presa del virtuoso Cyro. Esparta, Atenas, Roma, fueron grandes, mientras fueron virtuosas; pero se debilitaron, postraron y cayeron al sordo golpe de los vicios. Lo mismo acontece con las ciencias; su apoyo es la virtud, los vicios son su ruina.

Cierto es, que los malos son capaces de obrar el bien con la misma indiferencia que obran el mal, cuando puede servir á su ambicion. Como nada les cuesta hacer el mal, no conteniéndoles ningun sentimiento de bondad, ni principio ninguno de virtud, tambien hacen sin dificultad el bien,



porque su corrupcion les inclina á hacerle, con el fin de parecer buenos y engañar á los demas hombres. Pero por mas que disimulen, al cabo se descubre el fingimiento, y nunca llega á ser tan grande la destreza de los malos, que no titubeen y vacilen, cuando su boca desmiente el corazon. Estando este dañado, sus palabras hipócritas, enervadas por la falta de conviccion, por fuerza han de espirar en los oidos. Para persuadir á otros, es preciso estar antes persuadido. Solo pues, el hombre de bien podrá enseñar con fruto cosas buenas, y aunque no iguale en ciencia al malo, la hermosura de la virtud con su natural adorno, le hará mas insinuante y persuasivo.

Aspiremos por tanto con decidido empeño, maestros y discípulos, á

reunir en nosotros la virtud y la ciencia; quizás nos cabrá en suerte el conseguirlo; y si las fuerzas del ingenio no fuesen suficientes, seremos sin embargo, á proporcion de los progresos que en uno y otro hiciéremos, mas verdaderamente sábios, sino del todo consumados. Desterremos de entre nosotros la perniciosa máxima, de que las ciencias pueden andar mezcladas con los estravíos del entendimiento, ó hacer su residencia en corazones depravados. El vaso sucio enturbia el agua que se le echa, y un estómago enfermo aceda la comida que recibe. Con lo dicho hasta aquí, cumplido parecia mi propósito; pero no basta presentar la bondad de las cosas, sin hacer ver los medios de obtenerlas. Ciencia, virtud, ¡ó dulces nombres! ¿quién no es arrebatado en pos



de vuestro encanto? pero ¡cuán penoso y difícil poseeros! Antes que aparezcáis vistosas con púrpura de reyes, os veo sin aliño cubiertas de polvo y macilentas entre libros; antes que ilumineis con resplandor el mundo, pedis prestada luz á quien la hizo; primero que escuchéis aplausos de los vivos, conversais en silencio con los muertos; antes que se os divise alas sobre la cumbre de la gloria, pulis y aderezais los airones y plumas, que os adornan; primero que ciñais la frente de laureles, enjugais el sudor, que baña vuestro rostro; en una palabra, antes sois educadas en el trabajo, que busqueis el reposo. Tal es, señores, el contraste que ofrece el Universo, manifestándonos, que cuanto trae consigo utilidad, gusto ó placeres, se crea con dificultad, se susten-

ta con molestia, y sale á luz á fuerza de fatigas. Los árboles silvestres y malezas, nacen por sí, y aún crecen, sin el cultivo de la tierra; pero las bellas flores, los árboles frutales, necesitan para nacer de riego y beneficio, y crecidos se ingertan, podan y ponen á cubierto de los vientos. Donde quiera encontramos con piedras y metales comunes; mas las perlas y el oro se ocultan en el fondo del mar, ó entrañas de la tierra. Las palmas y laureles nunca son destinados para el dormido ú ocioso; su benéfica sombra cobija solo á aquellos que fueron abrasados por los rayos del sol; á los dias de triunfo, preceden las noches de la guerra; no sube al capitolio, quien no colora antes con sangre sus vestidos. *Emitur victoria bello, sudore gloria, labore triumphus.*



*No alcanzan perezosos  
Honrados triunfos, ni victoria alguna,  
Ni pueden ser dichosos  
Los que no contrastando á la fortuna,  
Entregan desvalidos  
Al ocio blando todos sus sentidos.*

Cervant. part. 1.<sup>a</sup> cap. 43. del Q.

Por eso los antiguos levantaron el templo del honor, dentro del edificio del trabajo, para que si alguno fuese estimulado de la noble ambicion de ascender á su solio, inclinase antes la cabeza y se postrase ante las aras del trabajo, y no pudiese subir á la cumbre de aquella magestad, sin travesar primero sus umbrales. El asídúo trabajo, este es, ó jóvenes alumnos, sin linage de duda, el vehículo de la ciencia, el camino de la virtud, y el precio del renombre, que por ellas se adquiere. Solo bajo de sus auspicios se logra aprecio entre

las gentes, fama en la posteridad y merecida gloria. Todo se adquiere por medio del trabajo. Oid el pregon de los dioses por boca del poeta: *Dii laboribus omnia venditant.*

*El oro mas precioso es el trabajo,  
Todo con él se da por Dios al hombre.*

Traed, os ruego, á la memoria los arcanos de la mitologia, vereis galardonado hasta en los dioses el trabajo. Venus, la mas hermosa de las diosas, con su frente nevada, cabellos relucientes de oro y plata, rostro blando apacible, cejas arcos de iris, ojos como luceros, sus megillas de rosa, la aurora entre sus labios; esta esfije con vida, ¿á quién creéis tocarse por esposa? al mas desaliñado, mas feo y asqueroso de los dioses, como lo da

á entender el festivo epígrama de Iriarte:

*Turpibus haut mirum formosas nubere, turpi  
Cum formosa nupserit ipsa Deo.*

*No me admiro cuando veo,  
Casarse con feo hermosa;  
Pues la mas hermosa diosa  
Casó con el dios mas feo.*

Pero al mismo tiempo, el mas trabajador y aplicado entre todos los candidatos á la mano de Venus. Por esta circunstancia, Témis, dispensadora de la recta justicia, prefirió la fealdad de Vulcano, á la gentileza de Apolo y resplandor de Marte; el ruido de sus martillos, á los suaves conciertos de la lira; las tinieblas de una negra caverna, á los campos gloriosos del combate; los utensilios de una inoble oficina, al tren vistoso de la guer-

ra. ¿Veis, jóvenes, pintado el premio del trabajo..? Como por él se alcanzan los grandes triunfos, las altas dignidades..? ¿Y cuál otra mayor, que la que goza el hombre sábio al par que virtuoso? Ninguna ciertamente; pero iguales á su grandeza, tienen que ser los esfuerzos que se hagan para merecer títulos tan augustos. ¿Porqué sino fingieron los poetas, que Minerva naciera del cerebro de Júpiter? No fué para enseñarnos, que la sabiduría solo se adquiere por medio del estudio y la meditacion, con que aquel se fatiga? El nombre mismo de Minerva; ¿no significa disminucion de fuerzas? ¿Salomon, no nos dice, que quien se dedica á las ciencias se dedica al trabajo? *qui addit scientiam, addit et laborem?* (Ecclesiastés, cap. 1 v. 16.) Advertid que lo dicho igualmente

te se aplica á la virtud; tambien ella es costosa, usa del mismo trage, y ambas á dos habitan en altos edificios, donde se las visita por los que consagran sus dias al trabajo, y emprenden con ardor el áspero camino, que conduce á su templo. Pitágoras señaló aquel sembrado de malezas, y la antigüedad nos representa este, en la cima de un monte, por cuya falda sube con fatiga una tortuga, atraida del canto melodioso de un elevado cisne. El mismo oráculo divino nos anuncia, que el reino de los cielos se alcanza con violencia.

Ved aqui desplegadas las fuerzas enemigas, con quien teneis que haberlas, conscriptos de Minerva. Nada intimide vuestro valor heroico y decidido. Aprestaos al combate, antes que se enmohezcan vuestras ar-

mas: la ciencia y la virtud es vuestro premio. No todo en ellas son espinas, tambien se encuentran rosas. La virtud y la ciencia tienen tal atractivo, que arrebatan sin arbitrio la atencion y el aplauso de los hombres. Aquel que las posee, es el alma de las conversaciones, y las delicias de los concurrentes. Aun en el retiro, entregado al estudio y á la contemplacion; ; qué esquisito placer, qué dulce encanto, experimenta su alma, al descubrir una verdad útil, una máxima provechosa! Allí pasa tranquilo é independiente las plácidas horas, recorriendo en su mente todo el orbe, cortejado de amigos, que forman su embeleso, porque hablan ó callan cuando quiere, sin que jamas se den por ofendidos.

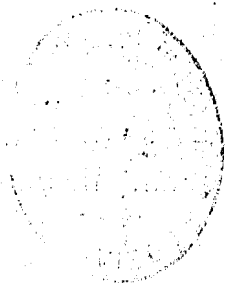
Alguno me dirá son ilusiones. Sí,



pero ilusiones agradables, inocentes, provechosas; no ligeras y efímeras, como las que experimenta el sensual, pagando un instante de gozo con años de amargura: de mucho mas valor, que las que tiene un jugador entre la incertidumbre y angustiada zozobra, ó el cazador entre el sudor y las fatigas. La satisfaccion única verdadera, de que disfruta el hombre en este suelo, es aquel íntimo sentimiento moral, que resulta de la indagacion de la verdad y práctica de las virtudes. Sacudid pues, jóvenes estudiosos, la pereza é indolencia, sepulcro de la vida, gérmen de destruccion y de ignorancia. No os sirvan de remora los obstáculos, que al frente se os presentan. A los hombres de genio, (¿y de quien podrá decirse esto, mejor que de vosotros, á quienes

ya contemplo hirviendo en el noble deseo de instruiros?) á los hombres de genio no detienen estorbos, antes son aguijados por el estímulo de la gloria; y sin desmayar un punto en la carrera, se muestran superiores á si mismos, haciendo un alto esfuerzo por vencerlos. Alentaos, generosos alumnos, recibid con aplicacion y docilidad la instruccion, que os proporcionan los desvelos y afanes del Gobierno, las solicitudes y laborioso celo de nuestro digno gefe, y las incessantes tareas de vuestros beneméritos maestros; y dichosos vosotros, si ilustrado vuestro entendimiento con las verdades de la ciencia, y purificado vuestro corazon con la posesion de las virtudes, mejorais vuestro ser, labrais vuestra y la agena felicidad, sirviendo de ornamento, y siendo las delicias de

la patria. Oviedo 1.º de Octubre de  
1846.=*Juan Domingo de Aramburu.*



1005472889